

DESARROLLOS DE LA VIDA COMUNITARIA EN EL ORIGEN DE LA ESPIRITUALIDAD MENDICANTE

José URIEL PATIÑO, OAR

El título en sí mismo da a entender la posibilidad de abordar diversos elementos mediante múltiples caminos. Esto es así porque, cuando se piensa en desarrollos de la vida comunitaria, pueden venir a nuestra mente diversos aspectos que, al organizarlos con una particular sistematización, ayudan a perfilar los elementos más significativos de la vida comunitaria, experiencia que es esencial en una espiritualidad particular, en nuestro caso la espiritualidad mendicante.

El camino que vamos a transitar en esta aportación, ubicándonos en el marco de los procesos que en este momento vive la orden de los agustinos recoletos, pretende centrarse en algunos aspectos de la época histórica en que se conformó la vida mendicante como una manera concreta de consagración a Dios en la Iglesia para el servicio de la humanidad. Se hace esta opción pensando, quizá muy idealmente, que lo más puro de algo está en su origen, en el momento histórico en que se manifestó como una experiencia carismática novedosa que daba respuesta a una situación concreta que se estaba viviendo. En el caso de la espiritualidad mendicante y de los desarrollos de la vida comunitaria, nos debemos situar en lo que se puede llamar el apogeo cristiano medieval, un momento histórico que se ubica entre los siglos XI y XIV, pero sin la precisión milimétrica de un plano cartesiano, sino en la amplitud de las duraciones históricas.

Sobre la base de lo anterior, este artículo está organizado en dos momentos. En el primero se hace una propuesta de contextualización teniendo como punto de referencia la escolástica y el humanismo, principalmente este último, porque los más amplios desarrollos de la vida comunitaria, en nuestra comprensión, se dieron cuando ya se habían organizado las órdenes mendicantes. En el segundo momento presentamos de una forma muy global el origen y la conformación de cinco manifestaciones de vida consagrada que se ubican al interior del mencionado apogeo cristiano, las cuales, en sí mismas, nos permiten colegir cinco desarrollos de la vida comunitaria.

1. Propuesta de ubicación contextual

Tras la caída del Imperio Romano de Occidente, Constantinopla se convirtió en la ciudad de mayor facilidad para vivir por diversas situaciones que la historia presenta con todo lujo de detalles. El intercambio comercial con esta ciudad trajo a Occidente deseo de lujo, afán de lucro y egoísmo refinado. Esto generó una situación que afectó a varias regiones de Europa y a varios grupos sociales. El clero no era ajeno a esos problemas, sobre todo en lo relacionado con la sexualidad y la suntuosidad, patrocinadas por el alto costo de los actos litúrgicos, los costosos trajes y los juegos de azar que se practicaban en algunos lugares. A finales del siglo XII la calidad pastoral de los obispos era baja, debido al lujo que empezaron a cultivar, la no corrección de los vicios y la creación de nuevas formas de ingresos.

Estas deficiencias ocasionaron la pérdida de la piedad laical y el descenso vocacional y espiritual. La Iglesia, institucionalmente hablando, cayó en un abismo de inmoralidad, ya que en varios ambientes se presentaron desórdenes disciplinarios. Esta era, esquemáticamente y como si fuera una caricaturización, la realidad de la sociedad y la Iglesia en algunos siglos de la Edad Media, en el marco histórico donde nació la espiritualidad mendicante.

En ese mismo tiempo existieron colegiatas y comunidades de canónigos regulares. Los canónigos regulares nacieron por la inquietud que tenían los clérigos de congregarse y vivir comunitariamente bajo un canon o regla, razón por la cual la vida en común se convirtió en una fuente de inspiración. Los regulares se asemejan a los antiguos canónigos organizados por el sínodo de Aquisgrán del 816, cuando vivían en comunidad para cantar el oficio divino sin sustraerse a la jurisdicción del obispo, ni vivir la pobreza de los monjes. Este movimiento canonical se afianzó con la reforma gregoriana que triunfó en torno al celibato e impulsó la vida monacal entre los clérigos. Otra diferencia entre los canónigos y los monjes era que los canónigos podían salir a predicar, como más adelante hicieron las órdenes mendicantes.

El hombre del clero desde siempre ha considerado como conveniente la vida común, porque encuentra un punto de apoyo tanto espiritual como material. La reforma de los canónigos también tuvo su inicio siguiendo este propósito, pero, por las debilidades humanas, tal proyecto se frustró. Frente a esto surgió la propuesta de congregaciones que querían vivir más austeramente la vida religiosa a través de la vida común y un carisma determinado sirviendo a la Iglesia desde una actividad concreta.

Como toda reforma, en su inicio fue dura y trajo como consecuencias varios extremos y revueltas que, con el paso del tiempo, son salvadas, aunque no ciertamente solucionadas, y por esto se sabe que, detrás de una reforma, existió y

puede existir una laxitud que lleva a desvirtuar la vivencia cristiana del mensaje evangélico. En cierto sentido todavía existen escollos que surgen y llevan consigo el punzón que llega a desgarrar las entrañas de la Iglesia.

a. *El humanismo, una respuesta a la estructura del hombre medieval*

Para hablar del humanismo y sus raíces, se debe tener un conocimiento y una definición acerca de lo que con este término se quiere dar a entender. El término «humanismo» puede aplicarse a un movimiento surgido en Italia y extendido posteriormente a otros países, caracterizado por haber heredado tradiciones de los maestros medievales de gramática y retórica, a las que añade la insistencia en el estudio de los autores latinos y griegos. Por ello se entendía como uno de los elementos de la filosofía de aquel entonces.

Hoy el humanismo se entiende como una cosmología, una nueva visión del mundo y del hombre que trataba de superar el sistema ideológico medieval para completar lo que creían que faltaba. El humanismo buscaba la afirmación del hombre y su liberación de servidumbres para vivir de acuerdo a la naturaleza y a las leyes divinas. Inicialmente el humanismo no fue visto como cristiano, porque el pensamiento clásico estaba en oposición a los fundamentos de la visión escolástica y la tradición cristiana¹. Hoy también se habla de humanismo para hacer referencia a ciertas tendencias filosóficas y denominar algún ideal humano.

Para algunos autores, el humanismo es la filosofía del Renacimiento o una nueva filosofía del Renacimiento, opuesta a la escolástica. También están los autores que lo entienden en una perspectiva filológica, literaria y naturista. En lo referente al sentido naturista, el humanismo adquirió un sentido distinto que no le habían dado antes. De ahí se deriva la palabra *humano*, resaltando la contraposición entre el nombre natural y el concepto sobrenatural cristiano y medieval. Por esto se asume como el modo de comportarse el hombre como tal².

El humanismo hay que ubicarlo en medio de dos épocas que marcan la historia: la Edad Media y la Edad Moderna. En la Edad Media dominaba una concepción geocéntrica. Más adelante se prescinde de ella para dar cabida al antropo-

1 V. VÁSQUEZ, *Historia Universal. VII. Renacimiento, Reforma, expansión europea*, EUNSA, Pamplona 1981, 61.

2 G. FRAILE, *Historia de la filosofía. III. Del Humanismo a la Ilustración*, BAC, Madrid 1966, 23.

centrismo y el naturalismo. Se da un afán de poder, se olvida la naturaleza donde se ven las cosas creadas por Dios, prima la actividad del hombre, se busca un sentimiento de lo bello y lo culto, obviando lo bueno y lo santo³. Los humanistas, con el término «humanitas», expresaban la idea que el hombre tenía de sí mismo para realizarse intelectual, moral, religiosa, física y estéticamente.

Con el humanismo se vivió un conflicto con la vida religiosa al cultivarse una nueva religiosidad que llevó a rechazar la teología, se presentó una crisis teológica y las relaciones Iglesia-Estado se tornaban conflictivas. Se rompió el poder espiritual del imperio y por ello nacieron las naciones. Así apareció el humanismo, que proliferó abundantemente y planteó una reforma con sus consecuencias⁴.

Hay que tener presente que la etapa del humanismo significó una época de expansión demográfica, reajustes sociales y prosperidad económica. Dicha etapa puede clasificarse entre los períodos de expansión y cambio económico, cambio de actitudes psicológicas, intelectuales y religiosas, de movilidad social. Fue común que en Europa se dieran contrastes bruscos en las situaciones económicas, tensiones sociales graves, camufladas bajo conmociones políticas o religiosas. Hacia el siglo XVI los cambios sociales facilitaron la difusión de ideas subversivas o de doctrinas religiosas, en las que se buscan esperanzas, que finalmente no se alcanzaron, incluyendo la realidad económica⁵.

Siempre se ha tratado de criticar la labor que han hecho los humanistas echando sus teorías por el suelo, pero bien lo dicen algunos autores: no se puede insistir en la superficialidad, frivolidad, inmoralidad, paganismo e irresponsabilidad de algunos humanistas, sino reconocer las aportaciones que hicieron a la cultura. Una de las actividades primarias fue la recuperación de los textos literarios y filosóficos de la antigüedad y la recuperación de los monumentos de la cultura clásica.

También se reconoce que recuperaron los códices olvidados y abandonados en las antiguas bibliotecas monásticas y catedralicias. El esfuerzo de los humanistas por reencontrar las fuentes antiguas venía desde el hundimiento del Imperio Romano. Se pusieron en camino por Europa buscando los tesoros literarios de la antigüedad en las viejas bibliotecas medievales. Así se formaron las bibliotecas renacentistas y las colecciones de códices, joyas, medallas, estatuas y monumentos de la antigüedad⁶.

3 F. PEÑA BELTRÁN y J. J. SÁENZ, *Filosofía medieval del Renacimiento*, USTA, Bogotá 1977, 319-320.

4 J. MARÍAS, *Historia de la filosofía*, Revista de Occidente, Madrid 1981, 182.

5 V. VÁSQUEZ, *Historia Universal...* 26.

6 G. FRAILE, *Historia de la filosofía...* 35.

No se debe olvidar que los humanistas defendían que el humanismo no era simplemente un retorno a la vía antigua, sino la confianza optimista en la capacidad del hombre para practicar virtudes y desarrollar nuevas e importantes actividades que le ayudaban a su crecimiento intelectual. Sin embargo, el humanismo cristiano católico afirmó la grandeza de la razón humana para crecer y aclarar la fe, defendiendo la libertad como característica del albedrío⁷.

Finalmente, la ciencia de la Edad Media ostenta el nombre de «escolástica», ciencia escolar, que cuadra muy bien con las tareas que se traza. Pedro Abelardo y otros maestros profesan las disciplinas filosóficas; Hugo de San Víctor y Pedro Lombardo, las disciplinas teológicas. El conocimiento de las obras de Aristóteles dio un impulso extraordinario a la especulación occidental, aunque al principio se utilizaron más como afirmación y adorno que como fundamento de la síntesis doctrinal católica⁸. Los estudios se caracterizaban en sus primeras épocas y fuentes por la extensión, profundidad e independencia de criterio.

b. *Humanismo y religión*

Teniendo presente que el humanismo era un movimiento que buscaba liberar al hombre, mediante el descubrimiento de valores morales e intelectuales, adaptándolos a las necesidades del tiempo, se comprende su nuevo planteamiento sobre la concepción del hombre, el mundo y Dios. Querían proponer de lo anterior una teología nueva que fundiera la tradición escolástica y las corrientes humanistas.

Puede decirse que Nicolás de Cusa es el precursor de este intento, de un sistema religioso en el que pudieran integrarse las religiones. Apoyado en conocimientos matemáticos, filosóficos y físicos, aspiraba a una síntesis que cambiaría la visión científica del mundo sobre la base de la teología mística y la inspiración neoplatónica. Para él, judaísmo, cristianismo e islamismo eran aspectos de una misma vía hacia Dios.

Otro que con su pensamiento pretendía demostrar que Platón y el neoplatonismo conducían a Cristo fue Marsilio Ficino. Pensaba que la restauración platónica formaba parte de una apologética⁹.

7 L. SUÁREZ, *Humanismo y Reforma católica*, Libros MC, Madrid 1986, 161.

8 AA.VV., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, IX, Espasa Calpe, Barcelona 1945.

9 V. VÁSQUEZ, *Historia Universal*... 122.

Pico de Mirandola dio su forma definitiva a un humanismo cristiano, con su gusto por la exégesis, su filosofía no siempre optimista, sus interpretaciones no siempre sujetas al dogma, su apego a las experiencias místicas del cristianismo, su deseo de una Iglesia más simple, razón por la cual defendía la colaboración del hombre con Dios.

El canónigo regular Timoteo Maffei asegura que los estudios humanistas no iban contra la Iglesia. En la misma línea, Nicolás V aparece en la historia como un auténtico humanista, que pretendía latinizar y romanizar la ciencia griega. Por ello su máxima preocupación eran las traducciones, para tener así un material de apoyo que le permitiera impulsar el trabajo ya iniciado¹⁰.

Todo ello lleva a pensar que, para los humanistas, el sentimiento y la inquietud religiosa formaban parte de la concepción del hombre después de Cristo. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios puede demostrar sus capacidades de inteligencia y voluntad, de opción y libertad. Procuraron fundamentar un nuevo método teológico basado en las fuentes. La Escritura y la tradición patristica eran capaces de liberar la teología de su formalismo escolástico. La teología en este humanismo estaba caracterizada por una fe interior, sincera y consciente, buscando a Cristo para descubrir el evangelio¹¹.

El humanismo creó un modelo de hombre diferente al que se había propuesto, siendo menor el crecimiento interior y la transformación del espíritu que la ganancia. El hombre era un conocedor de muchas cosas y con su sabiduría rompía la dependencia con las bibliotecas, haciendo aportaciones con sus escritos y su pensamiento, pero siendo profundamente religioso.

Es importante reconocer que el propósito de los humanistas fue crear una filosofía cristiana y por ello se basaban en los principios de la fe, que se convertían en postulados filosóficos, aunque esto no fue más que un ideal, porque no todo se hizo realidad¹².

2. Una propuesta de desarrollos comunitarios

En mi comprensión una de las maneras de entender los desarrollos comunitarios en la espiritualidad mendicante es hacer un acercamiento histórico al ori-

10 R. VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia Católica*, III, BAC, Madrid 1960, 354.

11 A. DUÈ y J. M^a LABOA, *Atlas histórico del cristianismo*, San Pablo, Madrid 1988, 202-203.

12 L. SUÁREZ, *Humanismo...* 171-172.

gen de los diversos movimientos religiosos que se presentaron cuando se estaba conformando esta espiritualidad.

La edad gregoriana había iniciado un proceso de reforma, buscando la formación del clero y la libertad de la Iglesia. El proceso de reforma monacal había comenzado con Cluny y Lorena. Hacia 1100 el monacato benedictino no tenía necesidad de reforma y, aunque su fuerza inicial se estaba acabando, aún tenía un alto nivel espiritual, social y económico. Por ello la reforma se entiende como una nueva orientación.

Durante varios siglos nadie había dudado de que el monacato era la mejor imitación de Cristo y la realización del ideal de la Iglesia primitiva. De hecho, los monjes tenían al interior de la sociedad un papel preciso, porque eran uno de los órdenes en los cuales estaba clasificada la sociedad: oradores, veladores o defensores y trabajadores.

La reforma gregoriana también llegó a los laicos, con lo cual se fortalecieron tres ideas para entender los movimientos religiosos: pobreza radical, vida eremítica y predicación itinerante. Surgió un movimiento religioso que unió los tres elementos al interior de una particular vida común. No todo marchaba por los caminos de la ortodoxia, ya que a veces se presentaron tendencias no eclesiales y heréticas, pero no es fácil dar una apreciación justa sobre estos movimientos, porque los confines entre la reforma y la herejía eran vagos, toda vez que al interior de una reforma se podía llegar a puntos radicales que destruían la orientación genuina.

En medio de los extremos, se ubican los movimientos de reforma como el caso del noble Esteban de Muret (+ 1124), quien afirmaba que la única y verdadera regla para Dios era el evangelio, ya que las reglas existentes solían caminar por las ramas.

a. *Los eremitas*

El aspecto más representativo de los movimientos religiosos medievales es la pobreza. Hacia el año 1100 aparecen en Francia los *pauperes Christi*, quienes vivían una pobreza radical y real, teniendo en la imitación de Cristo el ideal de vida. Utilizaban el evangelio de Mateo, cuyos discursos se aplicaban a la Iglesia oficial, estigmatizando a las personas ricas por su hipocresía. Al interior de estos pobres había dos ideales: el predicador, que invita a la penitencia, convirtiéndose en guía espiritual, y el eremita, que busca una vida simple en la soledad y por ello se convierte en modelo.

Llama la atención el florecimiento de la vida eremítica, que desde el siglo XI se fue extendiendo por Europa a partir de Toscana y Ravena, como es el caso de san

Romualdo (†1026), un hombre carismático y poco teórico que tuvo en Pedro Damían al organizador de una congregación de ermitaños cuando escribió para sus hermanos la vida de san Romualdo, dando un nuevo modelo para imitar. Los escritos de Pedro Damían son el fermento del ideal eremítico: una comunidad estable que vive en pobreza y soledad. Este nuevo estilo monástico se desplazó de Italia a Francia, donde se desarrolló hasta convertirse en un elemento típico de Francia por aquel entonces.

El eremitismo francés era menos afín a la idea de la estabilidad en el lugar, por lo que se confunde con la idea del predicador itinerante, que vive en los campos y atrae a un crecido número de personas que vivían cerca de él. Tal es el caso de Roberto de Arbrissel (1045–1116), hijo de un párroco, quien hacia 1078 estudió en París y recibió la ordenación sacerdotal. En 1095 comenzó como predicador itinerante y en 1096 recibió de Urbano II el mandato de predicar moderadamente. En 1098 fundó una comunidad en Fonterault. Posteriormente fundó otras comunidades que puso bajo la guía de unas viudas que lo habían seguido y continuó su vida como predicador itinerante erigiendo otras comunidades siempre dirigidas por mujeres. Sus enemigos, como el obispo de Reims, lo criticaron por violar las normas existentes. Dicho obispo expresó en una carta duras acusaciones como la escandalosa familiaridad con las mujeres.

La dirección espiritual e institucional del monacato era vaga y casi siempre comenzó con una fase eremita, pobre y ascética. En cuanto a la regla seguida, hay tres elementos: la *Regla de san Benito* no era aceptada por todos debido a las diferencias institucionales, la *Regla de san Agustín* era aceptada con menos problemas porque les daba más libertad para su organización, otros escribían reglas particulares porque ninguna de las anteriores les satisfacía.

Un caso particular es Gilberto de Sempringham, quien fundó un monasterio donde las monjas observaban la *Regla de san Benito*, los monjes la *de san Agustín* y los religiosos no canónigos seguían una propia. Es importante tener presente al interior del nuevo monacato la presencia femenina, que no siempre fue aceptada por las diferentes congregaciones.

b. *Los cistercienses*

De un grupo de eremitas de Colan surgieron los cistercienses¹³, quienes se caracterizan por la estrecha observancia de la *Regla de san Benito*. El centro

13 L. J. ROGIER (dir.), *Nueva historia de la Iglesia*, III, Cristiandad, Madrid 1977, 221-224.

más conocido fue Cîteaux. Las fuentes son partes de algunas cartas papales y episcopales que se encuentran en el monasterio de Molesme. Existen dos textos principales: uno narrativo, el *Exordium parvum*, y otro constitucional, la *Carta caritatis*.

El *Exordium* es una introducción al texto constitucional. Como tal no forma un texto independiente, sino que hace parte de un cuerpo más amplio que era usado para expresar su ideal. El problema se pone sobre la historiografía, porque ambos textos tienen más de una redacción: el *Exordium* presenta dos (1130 y 1135); la *Carta* también tiene dos: la primera salió cuando la nueva observancia era practicada en pocos monasterios y fue presentada por Esteban a Calixto II en 1119, la segunda data de los años comprendidos entre 1165 y 1194, cuando Cîteaux ya había cedido el puesto a un capítulo general.

Los inicios de Cîteaux están impregnados por la acción de los primeros abades. Roberto de Molesme es el típico representante del monacato del siglo XI, quien, después de salir de varios monasterios y llevar una vida eremita, fundó un monasterio en Molesme. Descontento con el camino que tomó esta fundación, la abandonó junto con otros monjes hacia 1098 y se dirigió a Cîteaux, donde fundó otro monasterio. Pero la comunidad de Molesme y los señores feudales de ese lugar obtuvieron, a través de un documento papal, el regreso de Roberto, hecho por el que fue considerado durante algunos siglos como traidor, muriendo en Molesme en 1111.

A Roberto le sucedió el abad Alberico, quien le dio fisonomía propia al instituto aprovechando un privilegio papal de 1100. La forma de vida estaba inspirada en san Benito y creó un *scriptorium* para procurarse los libros necesarios para la independencia intelectual y litúrgica.

El tercer abad fue Esteban, a partir de 1109, tenido como el verdadero fundador, ya que le dio un camino a través de la estrecha observancia de la *Regla de san Benito (rectitudo, puritas et regula ad litteram)*.

Los cistercienses aplicaron esta concepción en los diferentes campos de su vida: liturgia, trabajo, renuncia a los privilegios y construcción de monasterios en lugares desérticos que tenían un templo sin adornos y exclusivamente para los monjes. Las constituciones de la orden fueron fijadas en la *Carta caritatis* con tres elementos estables: autonomía abacial como una reacción a la congregación de Cluny, principio de filiación o relación permanente con la abadía madre a través del derecho y obligación de visita canónica, el capítulo general anual de Cîteaux, que tomaba las decisiones y estaba formado por todos los abades.

El hecho más notorio durante el tiempo del abad Esteban fue el ingreso de Bernardo de Claraval en 1113 con treinta compañeros más. Dicho ingreso cambió radicalmente la situación de Cîteaux, porque dio origen a un movimiento de expansión. En 1115 Bernardo fue nombrado abad de Claraval y, cuando murió en

1153, era padre de sesenta y ocho monasterios en línea directa y de ciento sesenta y cuatro si se cuentan las fundaciones hechas a través de los árboles genealógicos del císter. Bernardo de Claraval fue y es famoso no sólo por el hecho de ser abad, sino también por su refinado estilo para escribir, su alta espiritualidad y sus relaciones políticas con los jefes de aquel entonces. Fue canonizado en 1174.

c. *Los militares*

Para la historia de la Iglesia es vital la creación de la jerarquía latina en Oriente, que contó con dos patriarcados: Jerusalén y Antioquía, y con varias arquidiócesis y diócesis creadas más por cuestión de prestigio que por necesidad pastoral. Hacia los años treinta del siglo XII la Iglesia Latina Oriental contaba con treinta diócesis desde Cilicia hasta el mar Rojo. La presencia de latinos y ortodoxos creó una situación particular porque coexistieron dos ritos, lo cual no era fácil de entender, mucho menos cuando también existían monasterios de ambos ritos.

La Iglesia Latina era monástica e importada, porque quienes cuidaban los lugares santos eran en su mayoría monjes y europeos, y por ello se dice que su mayor aportación a Occidente fue la fraternidad surgida en torno al Santo Sepulcro y el nacimiento de dos formas religiosas: hospitalaria y militar. Entre ellos: Hospitalarios de San Juan, Caballeros Teutónicos, Caballeros de San Lázaro y Templarios. Los dos primeros aún existen, los dos últimos ya desaparecieron.

Los Hospitalarios de San Juan existían desde antes de las cruzadas. Los amalfitanos habían creado un hospital regentado por monjes occidentales de tradición benedictina, que se hacían llamar siervos de los pobres de Cristo y su misión era ayudar a los peregrinos que llegaban a tierra santa. En tiempos del gran maestro Gerardo se convirtieron en una orden con ideales muy cercanos a la reforma gregoriana. En 1113 recibieron de Pascual II (1099-1118) un privilegio, *Institutos ad propositus*, y bajo el influjo de los Templarios se convirtieron en una orden militar que tenía tres tipos de religiosos: militares, enfermeros y eclesiásticos. Hoy en día son los Caballeros de Malta. El hospital que regentaban en Jerusalén se convirtió en un modelo para Occidente y cubría sus gastos gracias a las donaciones que recibía de este lugar.

Los Templarios¹⁴ desde el inicio eran militares. Su fundador, el caballero Hugo de Payns (†1136), se juntó en 1119 con ocho compañeros para crear una

14 J. MESTRE, *Los templarios*, Círculo de Lectores, Barcelona 1999.

comunidad religiosa de laicos que tenían como objetivo defender los caminos por donde cruzaban los peregrinos que iban hacia Jerusalén. El grupo obtuvo apoyo del rey de Jerusalén, Balduino II, quien les donó como sede un lugar cercano al templo de Jerusalén, por lo que comenzaron a ser llamados hermanos de la milicia del templo. Con el apoyo de Bernardo de Claraval, quien había escrito *De laude novae militiae ad militis templi*, el sínodo de Troyes (1128) aprobó su regla, que en 1130 fue completada por Esteban de Jerusalén. Fue una orden militar que duró hasta que en 1312 Clemente V, bajo presión de Felipe IV el Hermoso, la suprimió después de un escandaloso proceso.

d. *Los canónigos*

Su fuerza, todavía desconocida, condujo a que las colegiatas fueran vistas desde otra perspectiva. En su historia medieval se dieron algunas fases que se pueden esquematizar en tres ideas básicas.

La distinción entre monjes y canónigos data de la reforma carolingia, cuando el obispo Crodegango de Metz escribió una regla para canónigos y, después del sínodo de Aquisgrán, se publicó la *Institutio canonicorum* o *Regla de Aquisgrán*. Según estas normas, los canónigos no estaban obligados a un voto particular, ni a la pobreza personal. Vivían una vida común no muy rigurosa y una liturgia solemne en un templo propio.

El concilio de Letrán de 1059, en el pontificado del papa Nicolás II (1059-1061), presentó el ideal de la vida común con pobreza personal al estilo de la primitiva Iglesia. Este ideal no era novedoso porque en Germania ya se practicaba, como el caso de Bamberg y Heilsdesaing antes de la reforma gregoriana. En Francia e Italia las cosas eran diferentes porque, como no existía el apoyo de los monarcas, algunos obispos y eremitas apoyaban este movimiento, como es el caso de Juan de Cessena, quien hacia 1042 reformó el clero de su diócesis a través de un documento que presentaba una teología de la vida clerical ubicada entre laicos y monjes para ser más cercana a los apóstoles.

Las ideas de Ravena fueron difundidas por Pedro Damiano, quien proponía renunciar a san Benito para regresar a la vida apostólica. Este modelo fue tomado por Gregorio VII, quien fue el promotor de la «monaquización» de los canónigos. A finales del siglo XI no se alcanzó mucho éxito debido al problema de las investiduras.

Con Urbano II (1088-1099) se dio el paso decisivo, porque puso bajo protección pontificia algunas colegiatas, asignándoles a los canónigos un papel par-

ticular, tal como se expresa en un privilegio que en 1092 fue concedido a la colegiata de Rottenburg. En este documento aparece por primera vez una referencia explícita a la *Regla de san Agustín*, que hasta ese entonces había desempeñado un modesto papel en la vida religiosa. Urbano II presenta a san Agustín como el autor de una regla que se debe observar, la cual estaba formada por dos partes: el *preceptum* y el *ordo monasterii*. El primero es una orientación espiritual, el segundo, una serie de normas ascéticas: ayuno, silencio, trabajo, oficios corales, ordenación litúrgica. Según Verheijen, el *praeceptum* fue escrito por san Agustín, el *ordo*, por Alipio¹⁵.

En los siglos XI y XII, ambos textos eran considerados de san Agustín y debido a esto comenzaron los problemas, porque algunos solamente aceptaron el precepto y tomaron el nombre de «orden antiguo», otros aceptaban las dos partes y tomaron el nombre de «orden nuevo». En Germania fueron aceptadas ambas partes; en Francia, Italia y España, solamente el *preceptum*.

Dentro de los canónigos se destacó Norberto de Xanten, nacido en 1080 y destinado desde la infancia al estado clerical, siendo canónigo de San Víctor. En 1115 se hizo ordenar sacerdote y comenzó su vida como predicador itinerante dirigiéndose a Germania. Como allí fue conminado a presentarse a un sínodo, se retiró a Francia, donde recibió permiso de Gelasio II (1118-1119) para predicar. En Nantes, cuya colegiata reformó, reunió algunos discípulos y, con el permiso del obispo, se dirigió a un campo. Hacia 1120 fundó en Premontre una comunidad de canónigos eremitas. Al año siguiente esta comunidad comenzó a vivir bajo la regla agustiniana, conocida como *ordo monasterii*.

Después de 1121 Norberto continuó su predicación itinerante, fundó otros monasterios y, en 1126, fue nombrado arzobispo de Magdeburgo. Este hecho cambió su vida y la de la orden, ya que se convirtió en un obispo imperial que no se preocupó más por su fundación, por lo que se ganó varios enemigos, para quienes era un traidor del ideal del «pobre de Cristo». Como obispo encargó la predicación en su diócesis a varias comunidades premonstratenses, quienes junto con los cistercienses extendieron el influjo occidental al Oriente de Europa. Murió en 1134, después de llevar una vida que sembró inquietud en su época.

15 L. VERHEIJEN, *La règle de saint Augustin. I. Tradition manuscrite. II. Recherches historiques*, París 1967.

e. Los mendicantes

Hacia el siglo XIII en la sociedad europea todo cambiaba y la progresiva riqueza creó un ámbito de materialismo al cual los movimientos *paupertistas* se opusieron. Algunos de estos movimientos derivaron a la herejía. Otros dieron origen a las órdenes mendicantes, que nacieron en este contexto: franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos, casi todas dedicadas a la predicación.

Inocencio III se empeñó desde el comienzo de su pontificado en renovar la vida monástica de la Iglesia, ya que las abadías benedictinas se encontraban en crisis económica y religiosa, lo mismo que las órdenes reformadas del siglo XII: cistercienses y canónigos regulares. Por eso las órdenes mendicantes pueden ser vistas como un aspecto de la reforma eclesial propuesta por Inocencio III.

Entre las características de los mendicantes se cuentan: pobreza individual y colectiva, actividad pastoral y no estabilidad monacal, gobierno central, formación metodológica y teológica, y la creación de una tercera orden de laicos que colaboraban en el ministerio. El mérito consistió en hacer propia la idea de una vida simplemente evangélica en Europa, compatible con la sumisión al pontificado, y transformar la práctica pastoral, porque los nuevos monjes iban al encuentro del hombre para persuadirlo. Por este motivo los templos de los mendicantes eran espacios donde los ciudadanos se podían reunir y a veces se daban predicaciones públicas. De ahí que los conventos sean típicos de las ciudades medievales.

Además, desarrollaron la filosofía y la teología impulsando la piedad cristiana al punto que los franciscanos cambiaron la idea de cruzada por la práctica del viacrucis. De estos años data el conocido dístico: Benedicto prefirió los montes, Bernardo los valles, Francisco las ciudades pequeñas y Domingo las grandes.

Finalmente, «mientras los cluniacenses, los cistercienses y los premonstratenses habían respondido a la sociedad feudal sobretodo en el mundo agrícola, y las órdenes de caballería habían tratado de asumir una tarea semejante en la coyuntura excepcional de las cruzadas, las órdenes mendicantes tuvieron que responder a los retos anteriores y además a otras dos necesidades que empezaban a plantearse: la predicación y el testimonio religioso en el mundo urbano y la predicación y el testimonio religioso frente a las primeras herejías del mundo medieval»¹⁶.

16 F. PIERINI, *La Edad Media. Curso de Historia de la Iglesia*, II, San Pablo, Madrid 1997, 125.

f. Los mendicantes, maestros y hombres de cultura

El Papa Inocencio III se mostró convencido de su poder como vicario de Cristo y su deber de salvar almas, por lo que se preocupó por las cruzadas y la reforma moral de la Iglesia. Entre sus principales actividades pastorales están el restablecimiento del equilibrio entre el poder romano y las autoridades locales, la elección de los obispos y la descentralización del poder romano. Para realizar su deseo de reforma eclesiástica invitó a los laicos y al clero a la práctica de las virtudes cristianas; a los obispos, a una mayor pureza en su conducta y al celo apostólico; y a los religiosos, a una mayor observancia en las reglas monásticas. También realizó cambios al interior de la curia romana, como la supresión de varios puestos nobiliarios, el castigo a funcionarios dedicados a la falsificación de bulas y la promoción de la honestidad.

Todo parece indicar que, molesto por la insolencia de los obispos y convencido de que el monje no debe guardar totalmente para él y sus hermanos de religión los dones divinos recibidos, lanzó una invitación para que monjes y canónigos se hicieran predicadores con sabiduría y humildad. En este contexto está el nacimiento de los dominicos como una orden de predicadores.

La sociedad no se quedó atrás y por ello estamos frente al segundo motor de la reforma, que tiene su fuente en los fieles cristianos, entre quienes, debido a la riqueza de muchos de los miembros de la Iglesia, surgió una actitud crítica y un deseo de cambio. En este deseo laical de reforma surge un grupo de herejes y otro de rebeldes deseosos de llevar una vida de pobreza más consecuente con la predicada y vivida por Cristo, que generaron diversas situaciones y actitudes en la Iglesia, originando los movimientos pauperistas.

Dentro de la Iglesia también surgieron algunas almas piadosas deseosas de hacerle frente a la situación de inmoralidad que existía al interior de la esposa de Cristo, encarnar más vivamente la pobreza vivida por Jesucristo y contrarrestar los errores predicados por las herejías del momento.

Estas tendencias engendraron una transformación de la Iglesia, similar a las ideas de reforma de Inocencio III, originando un nuevo tipo de vida religiosa que no dependía del trabajo de sus manos para ganar el sustento diario porque vivían de la caridad pública y se dedicaban a la instrucción del pueblo y a la enseñanza en los centros culturales. Estos grupos, por su finalidad y organización, debían profesar una pobreza estricta, tanto individual como colectiva, ya que sus conventos debían renunciar a poseer bienes raíces y rentas. Su supervivencia dependía del pueblo. Entre estos grupos se ubican otras órdenes mendicantes.

Por esto se dice que, frente a las dificultades de la comunidad eclesial, surgieron las órdenes mendicantes, que, sin ser la solución a los problemas de la

Iglesia, provocaron una reflexión y evaluación de la relación entre los fieles y la institucionalidad eclesial. «Las órdenes mendicantes fueron la respuesta de la Iglesia al convulso movimiento pauperista del siglo XII. Dicho movimiento perturbó gravemente la vida de la sociedad y de la Iglesia, pero, a la vez, conmovió profundamente las conciencias e introdujo en ellas deseos sinceros de reforma religiosa»¹⁷. La dificultad estaba en que los religiosos se debían enfrentar a un mundo en el cual nacía la burguesía, el capitalismo y las herejías, que hacían temblar a más de uno frente a la doctrina de la Iglesia.

Por la preocupación del papa Inocencio III, fue convocado el IV Concilio de Letrán con el empeño de reformar la vida monástica de la Iglesia¹⁸. El papa se puso al frente de esta difícil, pero esperanzadora, labor y le pidió a los diferentes movimientos religiosos que examinaran las dificultades que se presentaban en su interior y volvieran a las fuentes de la comunidad. Por esto se dice que Inocencio III fue el iniciador del contacto del papado con los movimientos de vida apostólica¹⁹. Otro de los aciertos de Inocencio III fue aceptar los movimientos reformadores, pero exigiendo que la Iglesia aprobara su regla y su forma de vivir.

Cabe resaltar que fueron los monjes quienes estuvieron en capacidad de rebatir las doctrinas heréticas, ya que ellos tenían como principal labor la oración y el estudio. Gracias a este último, hoy podemos contar con los libros de autores de la antigüedad y el medioevo, pues los monjes conservaban con celo las obras que eran valor y patrimonio de la Iglesia.

El principal ideal por el que se guiaron las órdenes mendicantes era la pobreza evangélica. Junto a ello estaba la exigencia del apostolado y de los estudios, pero, al poco tiempo, descubrieron la inviabilidad de ideal tan elevado y la absoluta necesidad de retocarlo²⁰. Así, por ejemplo, los dominicos comenzaron por aceptar mandas en dinero y por adaptarse a las reglas de la economía monetaria; los franciscanos se vieron obligados a recurrir a procuradores laicos y otras situaciones jurídicas. Esto quiere decir que, aunque las órdenes mendicantes surgieron como una protesta a las diferencias sociales que estaban presentes, no fueron ajenas a la necesidad de tener propiedades privadas y dinero para el sostenimiento de sus miembros. Por esto los mendicantes pudieron, no solo estudiar, sino también exponer sus teorías en las universidades y hacer presencia de la Iglesia en el mundo intelectual.

17 A. MARTÍNEZ CUESTA, *Historia de los agustinos recoletos. I. Desde los orígenes hasta el s. XIX*, Augustinus, Madrid 1995, 107.

18 A. MARTÍNEZ CUESTA, *Historia...* 370.

19 J. ORLANDIS, *Historia de la Iglesia. I. La Iglesia antigua y medieval*, Palabra, Madrid 1986, 294-296.

20 A. MARTÍNEZ CUESTA, *Historia...* 105.

Más adelante se dieron cambios radicales para la vida social y eclesial. Por ejemplo, la burguesía comenzó a triunfar sobre el feudalismo y el papa comenzó a necesitar sacerdotes que no estuvieran ligados a una casa por voto de estabilidad. Esto era muy importante en zonas de misión, ya que hasta allá no llegaba el monje. Aquí cambia la concepción del hombre religioso: el monje comienza a ser fraile y se prepara para rebatir las herejías y fraternizar con la gente del pueblo y la ciudad.

Los centros más importantes para hacer esta realidad se encuentran en la ciudad, en especial en las escuelas, desde donde se ejerce una influencia cultural fundamental. En las escuelas se enseñan las artes liberales. La educación está en manos de la Iglesia y por eso la teología aparece como la disciplina cumbre.

Podemos decir que el máximo representante de la tendencia agustiniana, y el primero en iniciar esta corriente filosófica teológica, fue Alejandro de Hales, franciscano, maestro de san Buenaventura, quien le sucedió en su cátedra. San Buenaventura fue un gran predicador, asceta, contemplativo y profundo filósofo y teólogo. Otro importante representante fue Juan Duns Escoto, metafísico, teólogo y matemático que aventajó notablemente a los sabios de su tiempo²¹. El movimiento científico franciscano no se suscribe únicamente a la teología y la filosofía, sino que trasciende a las ciencias humanas y naturales.

Mas no solo la orden de frailes menores dio a la Iglesia y a la humanidad hombres científicamente preparados. También los dominicos dieron una respuesta a los cuestionamientos más trascendentales a través de sus comentarios a los *Libros de las sentencias* y sus sumas. En este trabajo sobresalió Alberto Magno, quien sistematizó e interpretó los escritos de Aristóteles, traducidos al latín, amoldándolos al sentido de la Iglesia. Fue el primero en distinguir, dentro de los límites de la ortodoxia, las atribuciones de la teología y la filosofía.

El más grande hombre de la escolástica fue Tomás de Aquino, discípulo de aquél. Este santo era partidario de introducir la filosofía en la teología y de cristianizar a Aristóteles. Fue un gran compilador de la filosofía aristotélica, no sólo en su *Suma de teología*, sino también en otros diversos escritos.

3. Una conclusión, pero no un final

Al interior de un contexto escolástico y humanista, el acercamiento a los primeros pasos de cinco estilos de vida religiosa, típicos del medioevo, sirven para

21 L. ADAO, *Historia Universal. V. La cristiandad medieval*, EUNSA, Pamplona 1979, 271.

captar algunos elementos de los desarrollos de la vida comunitaria, experiencia vital que se convirtió en una respuesta a la realidad individualista que marcaba la sociedad de aquel entonces, máxime cuando las continuas luchas feudales eran el pan cotidiano. Además, con el surgimiento de estos estilos de vida se puso una especie de contrapeso a la experiencia monacal, fundamentalmente benedictina, que tenía unos parámetros bastante diversos para la comprensión de la vida comunitaria: una vida en silencio y contemplación con muy pocos espacios para compartir en comunidad.

Desde nuestra comprensión, los primeros desarrollos de la vida comunitaria en la espiritualidad mendicante dejan entrever la necesidad de la armonía entre los integrantes de una comunidad pequeña, que vivía en casas pequeñas (de ahí el nombre de conventos), desde donde se ofrecía un testimonio creíble de una fuerza espiritual carismática que lentamente proponía un nuevo modelo de sociedad y de Iglesia. Una Iglesia más entregada a la acción que a la contemplación, pero sin ignorarla. Al contrario, de la contemplación se tomaba la fuerza necesaria para ejercer un apostolado que abarcaba, entre otros elementos, la primera evangelización y la cristianización de la cultura.

Otro elemento de la vida comunitaria que se desarrolló al interior de la espiritualidad mendicante fue la inserción y participación en la vida del pueblo, máxime cuando la experiencia religiosa cristiana marcaba su vida. Esto era tan profundo que, en varias oportunidades, había un marcado sentido de pertenencia, de identidad, tanto del religioso hacia el pueblo como del pueblo hacia el religioso. Se establecía así un ritmo dialéctico muy interesante que no siempre es bien conocido, pero que podría ser un elemento a tener en cuenta al interior de un proceso de revitalización, porque sin raíces profundas es muy complicado fortalecer el arraigo del evangelio y fortalecerse como religioso.

El paso de los siglos enseña que estos desarrollos no siempre han sido bien vividos por diversas circunstancias; pero eso no quiere decir que se haya perdido el ideal primero, sino que ha sido oscurecido, porque los protagonistas de turno no siempre han sabido estar a la altura de las necesidades y, en las oportunidades, han terminado estando por debajo de las exigencias de la historia y de los compromisos comunitarios adquiridos.

José URIEL PATIÑO
Instituto de Espiritualidad e Historia
Colombia

Resumen

Tras siglos de latencia, el carisma agustiniano recibe un nuevo impulso durante la Edad Media, especialmente con la reflexión de los Victorinos y la unificación de diversas familias religiosas italianas. Las presentes páginas reflexionan sobre la aportación de la espiritualidad mendicante a la vivencia agustiniana de la comunidad. En un primer momento el autor se centra en algunos aspectos de la época histórica en la que se conformó la vida mendicante, teniendo como trasfondo la escolástica y el humanismo. Luego repasa el origen y la configuración de cinco manifestaciones de la vida consagrada de la época y sus experiencias comunitarias: el eremitismo, la reforma cisterciense, las órdenes militares, los canónigos regulares y, finalmente, las órdenes mendicantes.

Abstract

After centuries of latency, the Augustinian charism received a new impulse during the Middle Ages, specially with the reflection of the Victorines and the unification of the different Italian religious families. The present pages reflect on the contribution of the mendicant spirituality to the Augustinian experience of community. At first, the author focuses on some aspects of the historical epoch in which the mendicant life took form, with scholasticism and humanism as background. He subsequently reviews the origin and form of the five manifestations of consecrated life of that time and their communitarian experiences: eremitism, Cistercian reform, the military orders, the canon regulars and, finally, the mendicant orders.